

Al final lo hizo

MATT BROWNE*

PÚBLICO, 24 Mar 2010

El pasado domingo por la noche, el Congreso estadounidense aprobó la histórica reforma de la Ley de Sanidad. Histórica porque las mayores ampliaciones de las garantías de atención médica federal desde Medicare y Medicaid –por las cuales el Gobierno proporciona atención médica a los mayores y a los grupos sociales más desfavorecidos– fueron promulgadas hace más de cuatro décadas. Ayer, el presidente Obama firmó la ley, poniendo fin a una batalla librada durante generaciones por Roosevelt, Truman, Lyndon Johnson, Bill y Hillary Clinton, y, por supuesto, por Teddy Kennedy. La nueva ley amplía la cobertura sanitaria a unos 31 millones de americanos que en la actualidad no pueden permitirse un seguro, evitando así que las compañías aseguradoras se nieguen a dar cobertura a los ciudadanos con enfermedades preexistentes, y permitiendo a los padres a, entre otras disposiciones, incluir a sus hijos en sus propias pólizas de seguro por más tiempo. Ahora, Obama entrará en la historia como uno de los pocos presidentes de EEUU que pudo hallar la manera de reestructurar el sistema americano de bienestar social.

Sin embargo, este ha sido uno de los debates más arduos y que han provocado en ocasiones que algunos en Washington DC se preguntaran si el presidente Obama sería capaz de librar la batalla, si de verdad podría gobernar. Lo que quedó claro en los últimos años –y también durante el enfrentamiento del domingo– es que la atención médica era algo por lo que el presidente estaba dispuesto a luchar. Puso todo su capital político en juego, saliendo a la calle, pronunciando apasionados discursos que no

se escuchaban desde la campaña electoral. Incluso el domingo por la noche, en el último momento, acordó un decreto presidencial con los demócratas pro-vida, que estaban preocupados por que los fondos públicos pudieran servir para financiar la práctica de abortos.

No obstante, no ha conseguido cambiar la forma partidista en que funciona Washington. Peter Beinart, por un lado, mantiene que “Obama falló en su intento de ser un presidente que no fomente la división, un presidente que use la racionalidad para sosegar el debate y tender un puente entre nuestras diferencias históricas”. Aunque el propio presidente describió la ley como una “victoria del sentido común”, es necesario recordar que “ese sentido común” no lo compartía ni un solo diputado republicano. Nunca en la historia moderna se ha aprobado una legislación tan importante sin un solo voto republicano. Mientras el presidente Obama siempre ha intentado tender puentes entre las diferencias políticas, la maquinaria del Partido Republicano decidió que la mejor actitud era defender el statu quo e intentar bloquear la reforma a cualquier precio y usando todos los medios posibles.

Dado el carácter partidista de esta lucha, y la proximidad de las elecciones que tendrán lugar en mitad del mandato presidencial, el debate entre los expertos políticos se ha desplazado ahora hacia la cuestión de si la aprobación de la reforma sanitaria podría constituir un suicidio político del Partido Demócrata.

David Axelrod, asesor del presidente, considera que los republicanos fracasarán en su intento de presentar la ley como una “toma de control gubernamental”. Los republicanos, dice, querían oponerse a “una caricatura y no a una verdadera ley”. Esta estrategia habría funcionado

sólo si los demócratas hubieran dudado y hubiesen dado marcha atrás. Desde hoy, la retórica republicana se verá confrontada con la realidad de la reforma. Ahora que los americanos van a vivir la experiencia de esta legislación, podrán apreciar las pobres tácticas republicanas y, además, descubrirán los beneficios que aporta la norma en su día a día.

Ahora los demócratas tienen algo por lo que presentarse en noviembre, y han demostrado que pueden mantener y cumplir sus promesas de cambio.

Al contrario de lo que pregonan los republicanos, uno debe preguntarse si no será para ellos un suicidio político presentarse a las elecciones estando en contra de esta ley y a favor de la revocación de las condiciones preexistentes y de la reforma del seguro a medio plazo. Pasarán varios años antes de que sepamos si los peores augurios de los republicanos –sobre el incremento de los impuestos de Medicare, las primas de seguros, los recortes en los servicios sociales, así como el vertiginoso déficit– se han cumplido. Durante las próximas semanas y meses, se resignarán a hacer de esta ley una caricatura que poco o nada tiene que ver con el día a día de la población estadounidense y adoptarán tácticas alarmistas sobre la “socialización” de Estados Unidos. Estos son, por supuesto, los mismos argumentos que los republicanos han esgrimido contra la Seguridad Social y Medicare. Sin embargo, hoy en día, pocos republicanos los revocarían. Esta es, por tanto, una estrategia que probablemente les lleve a la derecha a corto plazo, abocándolos a una posible alianza con la Tea Party Nation.

A largo plazo, cuando la reforma del sistema de salud cobre cada vez más importancia para el tejido de la vida americana, la fuerte oposición

de los republicanos a esta ley les aislará de la misma manera que su oposición al New Deal de Franklin Delano Roosevelt lo hizo en el pasado.

*Matt Browne es investigador del Center for American Progress